

La Jornada Semanal, domingo 21 de agosto de 2005 núm. 546

Y AHORA PASO A RETIRARME

ANA GARCÍA BERGUA

COMIDA, MINGITORIOS Y ZAPATOS

Tengo la impresión de que tres novelas de las que he leído en los últimos meses parecen estar unidas por una línea delgada pero constante, una trama que formara parte de la misma tela. Ciertamente en la trama de la búsqueda de la identidad a través de los deseos y los objetos hay mucha tela de donde cortar.



Despertar los apetitos, de Mónica Lavín (Alfaguara, 2005), parte de una premisa simple: un grupo de periodistas de distintos países toman un tren que recorrerá gran parte de Canadá, para disfrutar a lo largo del viaje de la gastronomía de aquel país y publicar textos y fotos en sus publicaciones respectivas. Con "esa sensación de estar solos y lejos de la casa de cada cual", los viajeros entran en una zona de indagación sobre sí mismos y sobre las infinitas posibilidades de la vida en unos cuantos vagones.

Despertar los apetitos es una novela dentro de una novela, que trata del espejo cambiante de la identidad, del deseo de experimentar y ser otro, colmar apetitos que se despiertan sin haber sido llamados antes, apetitos materializados en los platillos de alta cocina canadiense y sus combinaciones curiosamente exóticas: "Me entraba un deseo de abrir puertas y sorprender a quien se miraba en el espejo, al que escribía sobre un papel blanco, al que mordía los chocolates que siempre estaban sobre el lavabo en sus envoltorios dorados, a las parejas hechizas o habituales que hacían el amor bajo el arrullo noctámbulo de la máquina." Las peripecias que viven los viajeros de esta novela de sazón policíaca sólo se pueden dar en un tren que cruza una gran distancia sin detenerse, en una especie de tiempo sin tiempo y espacio sin espacio.

También sobre la identidad y el deseo trata *Cuerpo náufrago*, de Ana Clavel (Alfaguara, 2005). En esta novela, la protagonista despierta convertida en hombre, siguiendo la premisa de *Orlando*, de Virginia Woolf, y al igual que éste, no se sorprende demasiado: "Los malentendidos empiezan con la apariencia. ¿Somos lo que parecemos? ¿La identidad empieza por lo que vemos? ¿Y qué fue lo que vio Antonia al salir de la cama y descubrirse en el espejo? El cuerpo de su deseo. Entonces habría que admitir que tal vez nos equivocamos: la identidad empieza por lo que deseamos, secreta, persistente, irrevocablemente. Lo que en realidad nos desea a nosotros." Antonia o Antón, protagonista de *Cuerpo náufrago*, objetivará este cambio de sexo en los mingitorios, reino enteramente masculino al que primero debe acudir por necesidad y al que después se entregará con curiosidad inaudita, ocupada en fotografiar aquellos objetos que de algún modo revelan su forma femenina: "Sea cual fuere la modalidad, Antonia no podía enfrentarse a un mingitorio sin que el encuentro le resultara inquietante, pues su condición de objeto exclusivamente masculino le recordaba ese espacio liminal, ese borde adonde sus nuevos deseos y apetitos la hacían chapotear antes de decidir precipitarse o detenerse..." Esos deseos y apetitos provocan que el cuerpo naufrague en aquellas fronteras abiertas, como bien dice el título, y se abandone a las contradicciones de las definiciones sexuales que, más que negarse, se contienen unas

a otras como cajas chinas. *Cuerpo náufrago* es también un libro-objeto, un catálogo de mingitorios en el que las fotografías sorprenden al lector tanto como a Antonia la protagonista.

"Lo que más me preocupa en este momento es que como demasiado turrón de yema y bebo demasiado jerez: engorda; además no puedo usar zapatos Ferragamo ni quitármelos en la playa para pisar la arena porque tengo juanetes y a menos que la arena me cubra los pies, esa deformidad es visible", dice Nora García, la protagonista de los relatos que conforman *Historia de una mujer que caminó por la vida con zapatos de diseñador* (Anagrama, 2005). El último libro de Margo Glantz habla del envés de los deseos, que es el cuerpo domeñado por ellos: contraído por los hermosos zapatos, endulzado por la comida, abismado por las enfermedades. El cuerpo de las mujeres y también el de los perros y los gatos. Margo Glantz retoma aquí la estructura circular, los estribillos que se repiten un poco como en *El rastro*, su novela anterior, y nos habla de eso: de zapatos, de viajes, del olor peculiar a orines de los autobuses londinenses, de cierto cansancio y cierta soledad, del horror de las mamografías. Así como en las novelas de Mónica Lavín y de Ana Clavel, el deseo se objetiva en cosas como la comida y los mingitorios, aquí los objetos son múltiples y punzantes, dolorosos.